



**MENSAJE DEL LCDO. RAFAEL HERNANDEZ COLON EN OCASION DE LA
CELEBRACION DE LOS CINCUENTA AÑOS DE FELIPE RODRIGUEZ EN LA
MUSICA, EN EL PABELLON DE LAS ARTES EN CAGUAS, PUERTO RICO, EL
SABADO 13 DE MAYO DE 1995**

Los puertorriqueños nos expresamos muy especialmente a través de la música que es uno de los signos más definitorios de nuestra identidad cultural. Somos universales en el género popular de la expresión musical. Nuestro Rafael Hernández se aprecia por todo el mundo. El Big Ben de Londres campaneaba sus "Campanitas de Cristal". El Presidente Kennedy lo recibió en Casa Blanca con un "Hello, Mr. Cumbanchero", los mejicanos lo creen suyo, los cubanos consideran "Cachita" una rumba de su tierra. Nuestra salsa suena hoy por todo el planeta, los japoneses sonean sin entender palabra pero vibrando con los ritmos que han nacido en esta tierra caribeña, soleada, ardiente, apasionada y puertorriqueña.

Felipe es parte de ese tesoro musical nuestro. Y para algunos de nosotros es una parte muy especial porque nuestra juventud coincidió con su época de gloria que también fue la nuestra.

Su presencia era ineludible. Lo escuchábamos en todas partes. Si caminabas hacia la plaza, en cada esquina donde había una vellonera, escuchabas su voz. Entre copas y canciones nos acompañaba el turí rúrín de las guitarras de los Antares, evocábamos

las canciones de nuestros recuerdos y pedíamos que se nos sirviera una copa más. Felipe Rodríguez era un disco de oro en perpetuo, aproximándose a tus sentidos desde todas las direcciones.

Eran los años en que las canciones estaban cargadas de sentimiento, bien del amor trágico como el del Bardo muerto una noche de luna bajo un cielo de estrellas o el de la niña a quien mataba la amargura porque ella también le amó, o el dolor del chicuelo que sollozaba por la separación de sus padres o del niño pobre con su carita tierna que se encontraba en la puerta del niño rico pidiendo amparo porque era día de Reyes y a su casa los Reyes no llegaron.

Felipe interpretó y marcó una época, definió un tiempo con la singularidad de sus canciones. Como todo lo bueno sigue vigente, apreciado no solo por los que le escuchamos entonces, sino por aquellos que le escuchan hoy.

"¿Por qué vivir encadenado, si nuestro amor es imposible?" cantaban las ondas sonoras, mientras nuestros corazones juveniles estaban muy lejos de conocer aquel amor de que cantaba Felipe en "Imposible". Pero sentían la emoción que comunicaba apreciando su hondo significado. Sabíamos, sí, de los cariños pasajeros, de esos lazos pasajeros y de aquello de tener miedo de encontrarte o de volver a empezar. Todavía no había llegado el momento de plantarse con 7 1/2 ante el juego de la vida.

Aquella época no puede describirse, había que vivirla, como puertorriqueño que la vivió y que sé que debo y pagaré, hoy me uno

a este merecido reconocimiento que ustedes brindan a Felipe por lo que él nos ha brindado en 50 años de su música.

Yo también vibré con las notas del acordeón de George Kudirka cuando introducía aquello de "Yo te adoro porque sabes ser el secreto de mi inspiración....."

Sentí el lujo de querer a alguien y aquellas cosas en la vida que son como caprichos que tenemos que vivirlas o morirnos de dolor.

El acordeón de George Kudirka le daba un tono bohemio, porteño a aquellas melodías que nos transportaban a remotos lugares como a algún viejo almacén del Paseo de Colón de Buenos Aires. Muchas canciones eran introducidas por un solo de acordeón como aquella en que la voz de Felipe comunicaba el sentir del amante que le decía a su amada "Amor que por de más eres robado, los dos hemos pecado de este modo, me quieres porque de ti se olvidaron, no saben que tú guardas un tesoro en el divino cofre de tus labios, que cuando besas, ay amor, lo entregas todo".

Era el drama del amor que nos llegaba musical a través de Felipe, del hombre que resonaba por todas partes dando vueltas como el viejo carrusel.

Era una voz rica, varonil, sonora, que comunicaba las más hondas emociones del amor trágico, no del amor blando, musgoso de los cotillones sino el amor de la calle que se vivía en los salones con disimulo y en los cafetines con realidad.

Y todas estas canciones eran él, no eran lo mismo si las cantaba otro, Felipe las matizaba con su voz de una manera particular, única, y se iban acomodando en la memoria de una generación que jamás las olvidaría.

A veces hacía dúo con María Esther Pérez Félix para brindarnos canciones como "Tango Azul" pero el que más recordamos fue su dúo con Davilita. Felipe y Davilita caminaban al paso por la barandilla, cantaban a la gaviota sin amor, sin fe, de Rafael hundida en el misterio azul, la gaviota que al atardecer, cansada y triste de tanto volar, posaba sobre la roca de la soledad, o evocaban la niebla del riachuelo, la niebla del turbio fondeadero de las naves que al morir sueñan sin embargo que hacía el mar han de partir, la niebla del pintoresco barrio de la Boca de Buenos Aires donde también se encuentra el caminito a que le cantó Gardel.

¿Quién puede olvidar aquel repicar de requinto y guitarras que introducían las visiones de las ruinas de un viejo campanario en el que todo era remembranza, quietud y soledad y aquel cóndor enfermo y solitario sobre la vieja roca de la fatalidad, o a la bondad con la cual el sepulturero realizaba el fúnebre inventario de los que iban de viaje hacia la eternidad.

Poesía en música, metáforas fuertes, comunicación del alma eran las claves del cancionero de Felipe.

Pero Felipe no fue solo Felipe, fue Felipe y George Kudirka, y Raúl Balseiro, y el Chino Alcaide, y Sotero Collazo, y Rafael Scharron, todas aquellas estrellas del firmamento puertorriqueño

que hicieron un género de música muy especial: trajeron el tango al bolero y el bolero al tango, el trío de guitarras al acordeón y el acordeón a las guitarras y con ese marco instrumental, la voz, el sentimiento, Felipe.

Eran los tiempos de la emigración puertorriqueña a Nueva York. Felipe capturó el corazón de la colonia boricua en Nueva York y todavía no lo ha soltado. Llena el Puerto Rico cada vez que cruza el charco.

Con Davilita guaracheaba que nos había llegado el men o conmocionaba a aquellos boricuas cuyas madres imploraban un retrato --que sus rostros marcados por la humillación y el prejuicio no le permitían enviarle los emigrantes que desde la urbe recordaban el ventorrillo aquel de mil recuerdos, cuando soñaban con Puerto Rico. Los que dejaron atrás el viejo San Juan, aquellos cuyos cabellos blanquearon y no pudieron volver a su Puerto Rico del alma.

A esos les cantó y les canta Felipe.

En la escena musical contemporánea hay una marcada liviandad del sentimiento.

La triste novela de la vida presente va embruteciendo los sentimientos de las nuevas generaciones, con insensibilizantes géneros musicales de importación. Los sentimientos quedan en la triste biblioteca del olvido.

Gracias a Felipe y a tantos otros los de aquellas generaciones llevamos un bagaje emocional que constituye nuestra herencia musical dentro de esta patria puertorriqueña. Entraña el significado

del verbo, no solo del sonido, sino del verbo comunicado por la voz -
-Felipe.

Esta noche aquí en su ciudad natal, queremos extender a Felipe
nuestro agradecimiento por esos 50 años de su vida con que
enriqueció el pentagrama musical de nuestra cultura puertorriqueña.

